

EL HILO DE LA ARAÑA

AKUTAGAWA RYUUNOSUKE

Traducción del japonés:

Silvia Novelo

El Colegio de México

I

SUCEDIÓ UN DÍA QUE SHAKA-MUNI¹ caminaba distraído en el paraíso a la orilla de un estanque de lotos. Las flores que allí crecían, blancas como gemas, exhalaban incesantemente desde sus dorados estambres un indescriptible y delicioso aroma por todo aquel lugar. Es de mañana en el paraíso.

De pronto, Shaka-muni se detuvo a la orilla del estanque y, entre las hojas de loto que cubrían la superficie del agua, dejó caer sin querer la mirada en el fondo. Bajo este estanque de lotos del paraíso, que da exactamente al fondo del infierno, se distingue claramente, a través de la transparencia del agua cristalina, como si se tratara de un estereoscopio, el río Sansu² y las montañas de agujas.³

Y fue así que en el fondo de ese infierno, frente a sus ojos, apareció la retorcida figura de un hombre llamado Kandata, junto a la de otros delincuentes. De Kandata, a pesar de haber matado, incendiado casas, cometido toda clase de atrocidades y haber sido un gran ladrón, se recuerda una buena acción: una vez, mientras cruzaba el denso bosque, vio al lado del camino cómo iba deslizándose una pequeña araña; inmediatamente Kandata levantó el pie para aplastarla, pero recapacitó: "A ver, a ver, aun siendo pequeña su vida no es diferente de la de otros seres. Sería una lástima disponer irreflexivamente de ella". Y al fin decidió perdonarle la vida.

Mientras observaba lo que ocurría en el infierno, Shaka-

¹ Forma japonesa del sánscrito para *sākya-muni*, el sabio de los *sākyas*, tribu en la que naciera el Buda. (*N. del T.*)

² Equivalente a la laguna Estigia, del infierno mitológico. En el budismo japonés tiene tres profundidades distintas, según la categoría de los pecadores. (*N. del T.*)

³ Parte de la idea del infierno budista. (*N. del T.*)

muni recordó el episodio en el que Kandata salvó a la araña, y reflexionó que le gustaría recompensar la única buena acción del delincuente, permitiéndole salir de ahí. Afortunadamente, junto a él, sobre las hojas color jade de los lotos, vio una araña del paraíso que tejía un hermoso hilo plateado. Shaka-muni tomó suavemente el hilo de la araña y por entre los intersticios de los lotos blancos como gemas los dirigió en línea recta al distante fondo del infierno.

II

Aquí, en el lago de sangre del fondo del infierno, junto con otros delincuentes, a veces sumergido y a veces flotando, yace Kandata. Hacia cualquier parte que se mire, en medio de la completa oscuridad, de cuando en cuando parece adivinarse vagamente algo que sobresale de la superficie: es el espeluznante brillo de las agujas de las montañas, verdaderamente inquietante. En todo el lugar reina un silencio sepulcral. Lo único que a veces puede oírse son los débiles suspiros de los pecadores, porque todos aquellos que llegan a caer aquí, agotados a causa de tantas y tantas torturas infernales, han perdido hasta la fuerza para sollozar. Así es que, aun nuestro gran ladrón Kandata, medio ahogado en la sangre del lago, no hace más que forcejear, como una rana a punto de morir.

En una de las ocasiones en que Kandata alzó sin querer la cabeza en la solitaria oscuridad, describió con gran sorpresa que desde lo remoto del cielo, el plateado hilo de una araña, brillando en línea recta, lentamente, como si temiera ser visto, vino a colocarse sobre su cabeza. Al ver el hilo, Kandata, sin meditarlo, agitó sus manos con alegría y pensó que si se aferraba a él y lo seguía, sin duda podría salir del infierno. Más aún, si todo marchaba bien, hasta sería posible que entrara en el paraíso, y ahí dejaría de ser perseguido, y no lo harían pasar por encima de las montañas de agujas ni lo hundirían en el lago de sangre.

Con este pensamiento, se sujetó rápidamente con las dos manos al hilo de la araña y comenzó a trepar y trepar con todas sus fuerzas. Por tratarse de un ladrón experto, desde tiempo atrás estaba acostumbrado a este tipo de cosas.

Sin embargo, como la distancia que media entre el infierno y el paraíso es de varias decenas de miles de kilómetros, por más que se impacientara no le era posible escalar con facilidad. Cuando hubo trepado durante algún tiempo, Kandata, ya cansado, no pudo dar un solo manotazo más, de modo que decidió descansar un momento ahí donde se encontraba. Colgando desde la mitad del hilo miró hacia abajo, a lo lejos.

Entonces, el lago de sangre en el que había permanecido hasta hacía poco tiempo y del cual había salido gracias a su gran esfuerzo, ahora se perdía en el fondo de la oscuridad. También aquellas espantosas montañas de agujas que emiten imprecisos destellos habían quedado atrás. "Quizá si continuo subiendo a este ritmo, escapar del infierno me resulte más fácil de lo que creía". Y mientras con las dos manos trepaba por el hilo de la araña, Kandata, con voz que no le había salido en quién sabe cuántos años gritó feliz: "¡Bravo!, ¡bravo!

Sin embargo, de pronto se dio cuenta de que por la parte inferior del hilo de la araña, siguiendo el recorrido que él mismo había hecho, un incalculable número de pecadores, igual que un desfile de hormigas, venía encaramándose con gran entusiasmo. Al ver aquello, Kandata, con sorpresa y espanto, permaneció largo rato boquiabierto como un tonto y sólo atinó a parpadear. ¿Cómo era posible que este delgado hilo de araña, que parecía romperse con su sólo peso, resistiera la carga de tantos hombres? Si se rompiera por la mitad, él, que era el importante, caería de cabeza al infierno y eso sería terrible. Mientras meditaba esto, los criminales, cada vez en mayor número, se deslizaban con bullicio por el delgado y brillante hilo de la araña desde el fondo del oscurísimo lago de sangre; convertidos en una sola línea seguían subiendo con ahinco. "Si no hago algo ahora mismo el hilo se romperá por la mitad y sin duda yo también me iré abajo".

En ese momento Kandata vociferó: "¡Eh! ¡Ustedes!, ¿qué hacen? ¡Este hilo de araña es mío! ¿Quién diablos les dijo que subieran? ¡Abajo!, ¡abajo!"

En ese mismo instante, el hilo de la araña, que hasta ahora había permanecido intacto, repentinamente, haciendo ¡CLICK!, se cortó en el punto en que Kandata estaba colgado, lo que impidió que se salvara. En un santiamén, cortando el

aire mientras giraba como un trompo, cayó de cabeza al fondo de la oscuridad.

En medio de la noche sólo el hilo de la araña del paraíso resplandecía en su delgadez, suspendido a mitad del cielo, donde no brillan la luna ni las estrellas.

III

Shaka-muni, de pie a la orilla del estanque de lotos, observó lo sucedido de principio a fin, sin pestañear, y al ver que Kandata después de un rato se hundía como una roca en el estanque de sangre, nuevamente echó a andar sin rumbo con un aire de aflicción en el rostro. El despiadado corazón de Kandata, que lo había impulsado a intentar salir solo del infierno, fue la causa de que recibiera el castigo que merecía, cayendo de vuelta en él. Para Shaka-muni, la mezquindad de Kandata había sido deplorable.

A pesar de todo, los lotos del estanque del paraíso no habían sufrido la más mínima perturbación. Aquellas flores blancas como gemas que rodeaban los pies de Shaka-muni, meneaban lentamente sus pétalos y desde sus dorados estambres exhalaban el indescriptible y delicioso aroma por todo el lugar. Ya es cerca del mediodía en el paraíso.